

se cultiva todo género de sentimentalidades, hasta las que parecen pertenecer al pasado, vuelven los nombres de antaño, y á veces se marca con ellos una huella de ridiculización é inadaptación en la frente de un niño que será un hombre á la moderna.

Figuraos ahora un Tristán, un Sigfredo... Figuraos un Leonelo, un Hernán. Nombres de paladines, de guerreros, de héroes, que debieran guardarse en el estuche de la memoria como se guarda la joya demasiado esplendente para usada á diario por la calle. ¡Qué sello tan difícil de ostentar imprimen en las personalidades actuales! ¡Qué tino y cuidado deben presidir á la elección de un nombre, para que sea adecuado, ni enfático ni pedestre, y sobre todo para que no comprometa á nada, ni dé lugar á equívocos y bromas de mal género!

¡Y cuando se trata de mujeres! Entonces aún se debe pisar más con pies de plomo. Hay nombres femeninos que son un compromiso y una calamidad. Nombres que expresan virtudes y recaen á veces en quien menos puede ostentarlos, verificándose lo que con gracia dice Serra en *Don Tomás*:

«Esta Inocencia y su nombre se están dando de cachetes...»

Hay otros que envuelven la idea de una belleza encantadora, y como es imposible saber si un niño chico va á ser guapo ó feo, pues generalmente todos parecen la misma bolita de carne rojiza, resulta luego en contraste cruel con una figura caricaturesca ó un rostro de esos que son remedio eficaz para las malas tentaciones... Yo he conocido Estrellas completamente nubladas, Soles apagados y Rosas mustias. ¡Qué Hortensias se ven por ahí! ¡Qué Margaritas, que ni son perlas ni florecillas campestres! Dios nos libre de un padrino poeta y soñador...

Pudiera también decir mucho de los santos olvidados; de los santos cuyo nombre no se le ocurre á nadie imponer á las criaturas. También los santos tienen su hado. De muchísimos se ignora la existencia, como no sea para soltar la risa cuando se les cita, ó cuando los saineteros aprovechan el efecto cómico de su nombre dándoselo á un personaje bufonesco.

Ahí tenéis, por ejemplo, á San Oroncio, á San Magdegisildo, á San Habacuc, á San Homobono, á San Exuperio, á San Juan ante portam latinam, á San Bertoldo, á Santa Agatónica, á Santa Ninfodora, á Santa Exaltación, á Santa Potamia, á Santa Walde-trudis, á Santa Reparada, á Santa Fandila... ¿A qué seguir expurgando el calendario? Es seguro que no se oirán dos veces al año estos nombres ante las pilas bautismales... En cambio, no vacilo en afirmar que hay nombres eufónicos y preciosos que también están en desuso. No entiendo por qué no se les pone á los niños con más frecuencia Siro, Quinto, Plauto, Tarsicio, Fausto, Druso, Graciano, Marino, Nilo, Pastor, Sergio y otros muchos nombres sencillos, claros, fáciles de pronunciar, que pertenecieron á ilustres mártires y confesores, y hasta reúnen muchos de ellos la condición de tener carácter muy latino. Tampoco sé por qué es caso tan infrecuente que á las niñas se las llame con los bonitos nombres de pila de Gliceria, Oliva, Ninfa, Maura, Placidia, Aurea, Coloma (que debe de ser Colomba, paloma), Lilia y Lucrecia... Verdad es que algunos de estos nombres tan lindos son del número de los que comprometen para lo venidero, y gravemente.

Volviendo á los Josés, diré que en las confiterías se practica el culto de este santo casi más que en las iglesias. Entrando en las confiterías de Madrid, se cree uno por un instante transportado á alguna ciudad apacible de provincia, de esas en que hay tiempo y humor de hacer regalos dulces, golosos y encargados de víspera, con detalles de menudo interés y refinamiento. «Que la almendra sea fresquita... Que los huevos hilados abunden... Cuidado, no se tueste demasiado el piñonate... Ponga usted higos de garnición, porque le gustan al señor de los días...» De estos clásicos edificios de almendrado, caramelo y frutas confitadas, pocos se ven en Madrid durante el año, pero salen á relucir el día de San José. Hay aún confiterías del antiguo régimen, donde se rinde culto al cabello de ángel, al alfeñique, á las yemas abri-llantadas y á ciertos dulces cuyos nombres se resiste á escribir la pluma, porque acaso el más correcto de todos ellos sea el de «ombligos de guardia de corps.» En estas confiterías donde se guarda la tradición del siglo XVIII, persisten las amazacotadas tartas y ramilletes, con su grajea y sus ninfas de almidón que salen del seno de una rosa muy colorada, artificial. El aspecto del ramillete es cómico, pero tiene mejores obras que trazas: la pasta de almendra y huevo que lo compone es una de esas excelentes recetas de la vieja cocina española, superior á las tortas Moka y á los *gateaux* de Saboya que han venido á relegarla á

las mesas de la clase ínfima. La confitería moderna será más fina, pero es mucho más insulsa. Y además, cuesta doble el dulce de moda. Ya los niños de modesta posición no pueden ir con su perra chica incrustada en la mano de tanto apretarla, á comprar, ilusionados, una yema ó un tocino en una tienda elegante. Les exigirían tres ó cuatro monedas—un dineral.—Y mohinos, resignados, entran en esas confiterías arcaicas, donde la unidad monetaria son los cinco centimitos...

Otros regalos destinados á Pepitas y Pepes van perdiendo también su añeja fisonomía. Ya no se regalan sino chucherías de última moda: cosas que, regularmente, para nada sirven, como no sea para estorbo, al cabo de los dos meses que dura su efímera gracia. Lo que se llama *bibelot* es generalmente el colmo de la inutilidad. Relojes de sobremesa que no rigen; despertadores que se descomponen; cajitas que se desencolan; porcelanas que imitan lastimosamente marcas célebres; ceniceros-maula; «objetos de arte» puramente industriales; prensapapeles que dan la nota sobreaguda del mal gusto—del mal gusto al uso, que es el más molesto;—tinteros en que no cabe tinta ninguna; vades de cartón disfrazado de cuero, y otras baratijas, preferidas para esto de los regalitos, que no parece sino que se buscan *ad hoc* con el fin de que sea preciso echarlos al desván...

Si el buen sentido—y quizás cierta delicadeza cordial que obliga á pensar en el bien ajeno—presidiese á esta clase de obsequios, se comprarían tales que, por lo menos, pudiesen conservarse gustosamente, ó llenasen una de las infinitas exigencias de *confort*, higiene ó bienestar que impone la vida moderna. Se pensaría además en los gustos, profesión, preferencias del obsequiado, y se tendría el placer de hallar algo que de fijo le agradase. No es raro oír decir terminantemente: «¡Bah! El caso es que el regalo haga buen efecto cuando desenvuelvan los papellitos de seda y desaten las cintas...», que por lo demás... Pues bien: yo creo que uno de los goces finos del alma es revolver tiendas y rincones en demanda de lo que suponéis que ha de hacer arrojarse un grito de placer á una persona querida. Podéis equivocaros, pero el sentimiento que os gufa será siempre verdadero, y la dicha vuestra, el recreo de la imaginación, nadie os lo quitará. La cacería de objetos bonitos, ó útiles, tiene su peculiar encanto, en este Madrid. Se descubren frecuentemente cosas que ni sospechar podíamos, y se tienen felices encuentros donde menos se piensa.

¿Y en qué consistirá que casi nadie incluye entre los objetos regalables en día de santo el libro de lujo? No puede haber nada más culto y amable que el obsequio de un libro, pero de un libro bien adaptado al modo de ser de la persona que lo ha de recibir. Hoy la tipografía, la encuadernación, hacen primores y milagros de baratura, y por veinticinco ó treinta pesetas, que no alcanzan para un mediano *bibelot*, se adquiere un libro realmente hermoso, lleno de grabados—que puede dejarse sobre una mesa, para entretener instructivamente al que lo abra.—En Francia é Inglaterra, el regalo del libro es tan corriente, que ha llegado á ser clásico hacer libros especiales para las estrenas de primero de año. Aquí creo que no reportará gran utilidad este aspecto de la librería.

Otra idea que recomiendo á los que se quiebran los cascos en busca de regalos, es el regalo serial.—¿Qué quiere decir regalo serial?—Lo explicaré. ¿No tenéis que hacer de esos regalos que se repiten todos los años? Pues si es así, discurrid una cosa oportuna para regalo, y regalad todos los años exactamente la misma. Perderéis el encanto de la sorpresa, pero ganaréis el de la seguridad y la utilidad. Una ó dos cajas de papel timbrado elegante; una ó dos docenas de guantes; una caja de Champagne; una docena de pañuelos con marca rica; un par de cubiertos bien cincelados siempre idénticos; una perla... son regalos que cubren una necesidad indiscutible, ó representan un lujo, y tiene su poesía y su gracia eso de que la amistad vele para que no os falte papel, ni guantes, ni pañuelos, y para que, al cabo de unos cuantos años, poseáis una surtida colección de cubiertos, un hilito de perlas, una cantidad de tazas de porcelana escogida y artística, ó de grabados de mérito...

El regalo serial es un símbolo de la perseverancia en la amistad, y tiene entre otras ventajas, la de evitar quebraderos de cabeza. Yo lo considero muy simpático, aunque no lo haya practicado nunca, por esta especie de pereza que nos impide realizar lo que tenemos por mejor. Casi nunca nos acordamos de los regalos hasta la víspera de hacerlos. Y de aquí los desaciertos y las prisas. Prevéngámoslo todo... para vivir sosegados.

I. A. CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La costumbre española de celebrar los días de los santos—y no el cumpleaños, como en el extranjero,—es una de las pocas que no cambian ni llevan trazas de perderse. En Madrid, los días de santo (afuera lo de «fiesta onomástica») son solemnidades, lo mismo en las clases humildes que en las encumbradas y ricas. Y en especial, hay un santo que tiene fama de ser el de todo el mundo: San José.

He oído hacer una observación, sin embargo: la de que este nombre castizo cada día lo llevan menos españoles. «Han disminuído los Pepes,» decíame una muchacha. ¿Por qué han disminuído los Pepes? ¿Será un efecto de la tendencia individualista, del afán de distinguirse, que preside hasta al sacramento del bautismo? ¿Será porque llamarse Pepe equivale á no llamarse nada? ¿Será porque el nombre de Pepe es confanzudo, vulgar, sin romanticismos, á pesar de haberlo llevado aquel gran romántico de Pepe Espronceda? ¿Será que hay ahora menos devotos del esposo de la Virgen que cuando se admiraba á Murillo más que á Velázquez?—Murillo es el pintor josefino por excelencia.—¿Será que todo lo genuinamente nacional se va, se disipa?

En primer lugar, yo no sé hasta qué punto es nombre muy genuino el de José. En la Edad media no hay Josés: se diría que el dulce y bondadoso carpintero de la regia estirpe de David no poseía entonces la aureola de celebridad que llegó á tener cuando el arte se apoderó de su figura y la trasladó al lienzo y la talló en madera. Los pintores del siglo XV empezaron á familiarizar á la cristiandad con San José. Las Sacras Familias son un asunto del Renacimiento, que no abunda en las tablas góticas, donde en cambio predominan las Anunciaciones, las Adoraciones de los Magos, las Crucifixiones. Rafael, Julio Romano, dan ya á San José un puesto preferente, y á su rostro esa expresión grave, conmovida ante el misterio, que llega á lo sublime de la dulzura y del amor cuando tiene en brazos al Niño. Y entonces principia á imponerse con más frecuencia el nombre de José. En el siglo XVIII este nombre triunfa. Se llaman Josés los próceres, los estadistas, los generales, hasta los reyes. Se llaman Josefás las mujeres hermosas, las seductoras; ó por mejor decir, se llaman Pepitas. Nombre picaresco y amanolado, que la novela consagró definitivamente en una obra maestra, *Pépita Jiménez*, y que huele á azahar y á rosas andaluzas.

Y el nombre clásico y neto decae. Va anticuándose. En esto de los nombres actúan las mismas sutiles influencias que modifican toda la mecánica social. Los nombres se parecen á los tiempos. Notad qué sabor caballeresco ó truhanesco tienen ciertos nombres de los siglos de caballería y truhanería; reparad cómo el Renacimiento aporta sus nombres de sabor propio, inconfundible; ved qué sello peculiar da á los nombres la Edad moderna, y cómo ahora que, en pintoresca confusión, se vive de todas las épocas y